



Una mujer, policía de tráfico en Varsovia. Encantadora como señora particular, a la hora de poner multas actúa con mayor energía que cualquiera de sus colegas masculinos.

LA MUJER POLACA

Improvisadora y elegante, autoritaria y bogareña, gana igual que el hombre y tiene las mismas oportunidades de trabajo. Casi la mitad del censo laboral está formado por mujeres obreras, empleadas, médicos, ingenieros..., y muchas empresas están dirigidas por ellas...

ANTE el ministerio de Asuntos Exteriores de Varsovia pasa un hombre cruzando tranquilamente la calzada con el disco en rojo. En la acera opuesta, una fina mano se posa sobre su hombro.

—Esto cuesta cincuenta zloty (unas noventa pesetas) —dice Ana Szymaska, de veinticinco años, una mujer policía realmente preciosa. El infractor de la norma paga sin rechistar. Sería inútil discutir: las policías polacas son mucho más severas que sus colegas masculinos.

Hace ya tres años que Anna Szymaska lleva el uniforme de policía. Y con la misma naturalidad que ella, millones de polacas se ponen diariamente sus ropas de trabajo o sus delantales blancos. Un cuarenta por ciento de las



Dos estudiantes de Cracovia en vacaciones. En el futuro trabajarán los dos, con parecidos niveles de sueldo. Todas las decisiones se tomarán a medias.

fuerzas del trabajo del país son mujeres.

Las mujeres trabajan en la policía y en la administración, en fábricas y en la construcción, en la agricultura y en la previsión social —en casi todas las profesiones—. La mitad de los 42.000 médicos de Polonia son mujeres.

Las polacas se han abierto camino en la vida profesional. Ganan lo mismo que los hombres y tienen las mismas posibilidades de ascenso. Muchas empresas están dirigidas por mujeres. Por ello, les es fácil afirmar a las polacas que son los amos en el país.

La policía rubia nos invitó a su pequeño apartamento de dos habitaciones para cuando finalizase su jornada laboral. Su esposo es cerrajero.

—¿No preferiría usted que su

LA MUJER POLACA

mujer se quedase en casa? —le pregunto a Paul Szymańska.

Se encoge de hombros.

—Naturalmente. Pero yo gano al mes dos mil zloty. Anna aporta tres mil, y necesitamos el dinero.

Más tarde, cuando las tazas del té se encuentran sobre la mesa, la pregunto a la joven esposa:

—¿Qué es lo que más le gusta de su profesión?

—El que los hombres deben obedecerme —contesta sonriendo.

Esta respuesta es típica. La mujer polaca exige, y está acostumbrada a que el hombre se guíe por sus órdenes. En todas partes, la mujer es la que lleva la batuta: en la familia, donde administra el dinero. En la vida de sociedad, donde crea el ambiente. En el lugar de trabajo, donde alcanza cada vez más puestos directivos.

La mujer polaca está orgullosa, confía en sí misma, es exigente —y no está libre de ansias de poder—. Pero es lo suficientemente hábil como para cubrir su regimiento con femineidad plena. Los hombres a los que envuelve, por regla general ni siquiera notan que están siendo sometidos. Y cuando alguno de ellos lo nota, no discute. Prefiere entonces consolarse con una copa.

En ningún otro país del bloque oriental se ve a tantas mujeres bien vestidas, arregladas y elegantes como aquí. A primera vista parece increíble cómo puedan lograrlo las polacas. No pueden gastarse el dinero en peluquerías ni cosméticos porque ganan demasiado poco. El seguir los pasos de la moda en el vestir cuesta demasiado caro.

Observando más detenidamente se descubre pronto el secreto: la mujer polaca, como la española, es una verdadera artista en el campo de la improvisación.

Anna Szymańska, por ejemplo, adquiere en anticuarios viejas revistas occidentales de modas, y según los modelos que en ellas aparecen se crea ella su propio vestuario. Anna tiene largos cabellos rubios, que durante las horas de servicio se los oculta bajo la gorra. Al final de la jornada, con increíble paciencia, la joven esposa se sienta delante del espejo y ensaya nuevos peinados.

El precio que exigen las mujeres polacas a sus hombres en pago por tanto desperdicio de tiempo y fantasía, es obediencia y ser miradas. Esto comienza con un beso en la mano, que no niega ni el comunista más cerrado en su

línea. El asunto finaliza con la desaparición de fondos en la cartera.

—Nuestras mujeres son caras —nos dice un amigo polaco—. Sobre todo mientras no se está casado.

* * *

Nos encontramos en «Krokodyl», el elegante restaurante nocturno en el mercado viejo de Varsovia. En la mesa de al lado, tres jóvenes y alegres muchachas. Cada cual más guapa que las otras. Las tres, con largos cabellos negros.

—Estudiantes —dice mi amigo.

Las muchachas ríen y comienzan a «ligar» descaradamente con nosotros.

—Ves —dice mi amigo—, no solamente les gustamos, sino que también lo demuestran. Entre nosotros todo es más fácil.

En efecto, en Polonia, las relaciones entre ambos sexos son poco complicadas. Es el éxito de una educación sexual racional. A partir de los trece años, en todos los colegios la educación sexual es materia obligatoria.

—Una formación temprana y unas relaciones naturales en el campo de la sexualidad son la mejor garantía para la formación de matrimonios felices —afirma la doctora Stefania Olczak ante la «Sociedad de Maternidad Intencionada», de Varsovia. Esta sociedad elabora las directrices para la formación sexual de la población.

—Hasta hace dos años, miles de extranjeras venían a nosotros. Pero en mil novecientos sesenta y seis lo cortamos —nos dice Stefania Olczak—. No queremos ser el paño de lágrimas de Europa.

—Si predicamos planificación familiar —nos explica la señora Olczak— sólo tendremos éxito si nos dirigimos a las mujeres. Los hombres ya cumplen. Al fin y al cabo, entre nosotros, las mujeres son las reinas.

Una de estas reinas me la encontré en el hotel.

En el vestíbulo está el portero de cabellos grises. Bajando la escalera se acerca una anciana con un cubo de agua y escoba en mano.

—Buenos días —dice ella.

—Buenos días —contesta el portero; y, galante, le besa la mano a la mujer del servicio. ■ OTMAR KAUCK (texto) - JENO KOVACS (fotos) - Exclusiva Radial Press para TRIUNFO.



Como la mayoría de las mujeres polacas, la actriz Barbara Modelska se confecciona sus propios vestidos. Muchos de los patrones están copiados de revistas occidentales.

La mujer trabaja en todo tipo de empleo: igual que el hombre. En Polonia existe un sistema de trabajo voluntario para obras de interés general, como las carreteras. Estas mujeres son empleadas y ahora reparan una carretera de Silesia.



Una mujer del pasado.
Vieja campesina trasladada
en 1945 de la Polonia
Oriental a Silesia. No sabe leer
ni escribir, pero su hija
es ingeniero de caminos.